

DIETRICH BONHOEFFER

**VIDA EN
COMUNIDAD**

DECIMOSEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2014

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Francisco Tejada
sobre el original alemán Gemeinsames Leben

© Chr. Kaiser Verlag, München 1979

© Ediciones Sígueme S.A., 1982

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-0893-9

Depósito legal: S. 379-2014

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

1. LA COMUNIDAD	9
La vida en común	9
La comunidad cristiana	14
La fraternidad cristiana	20
La gratitud	23
La espiritualidad de la comunidad cristiana	25
La comunidad forma parte de la Iglesia cristiana	33
La unión con Jesucristo	35
2. EL DÍA EN COMÚN	37
El culto de la mañana	37
La lectura de los salmos	42
La lectura bíblica	49
Cantar en común	57
Orar en común	62
La comunidad de mesa	67
El trabajo	71
La comida del mediodía	74
La oración de la noche	75
3. EL DÍA EN SOLEDAD	79
Saber estar solo	79
Saber vivir en comunidad	80
Escuchar a Dios	82

La meditación diaria	85
La oración personal	89
La intercesión	90
Presencia de la comunidad cristiana	93
4. EL SERVICIO	97
Las tareas de la comunidad	97
No juzgar	99
La función del creyente	101
Servir a los otros	102
No ser altivos	103
Escuchar a los otros	105
Ayudarse	107
Aceptar al prójimo	109
El pecado del prójimo	111
La palabra de Dios	113
Servir a Dios	119
5. CONFESIÓN Y SANTA CENA	123
El prójimo, medio de la gracia	123
La confesión	125
El acceso a la cruz	127
La ruptura con el pecado	129
El perdón de Dios	130
Confesión de pecados concretos	131
Con quién confesarse	133
El perdón de los pecados	135
La comunidad eucarística	136
<i>Índices de citas bíblicas y de nombres</i>	139

LA COMUNIDAD

LA VIDA EN COMÚN

«¡Qué dulce y agradable es para los hermanos vivir juntos y en armonía!» (Sal 133, 1). Vamos a examinar a continuación algunas enseñanzas y reglas de la Escritura acerca de nuestra vida en común bajo la palabra de Dios.

Al contrario de lo que podría parecer a primera vista, no se deduce que el cristiano tenga que vivir necesariamente entre otros cristianos. El mismo Jesucristo vivió en medio de sus enemigos y, al final, fue abandonado por todos sus discípulos. Se encontró en la cruz solo, rodeado de malhechores y blasfemos. Había venido para traer la paz a los enemigos de Dios. Por esta razón, el lugar de la vida del cristiano no es la soledad del claustro, sino el campamento mismo del enemigo. Ahí está su misión y su tarea. «El reino de Jesucristo debe ser edificado en medio de tus enemigos. Quien rechaza esto renuncia a formar parte de este reino y prefiere vivir rodeado de amigos, entre

rosas y lirios, lejos de los malvados, en un círculo de gente piadosa. ¿No veis que así blasfemáis y traicionáis a Cristo? Si Jesús hubiera actuado como vosotros, ¿quién habría podido salvarse?» (Lutero).

«Los dispersaré entre los pueblos; pero, aun lejos, se acordarán de mí» (Zac 10, 9). Es voluntad de Dios que los cristianos sean un pueblo disperso, esparcido como la semilla «entre todos los reinos de la tierra» (Dt 4, 27). Esta es su promesa y su condena. El pueblo de Dios deberá vivir lejos, entre gentes que no comparten su fe, pero será la semilla del reino esparcida en el mundo entero.

«Los reuniré porque los he rescatado... y volverán» (Zac 10, 8-9). ¿Cuándo sucederá esto? Ha sucedido ya en Jesucristo, que murió «para reunir en uno a todos los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 52), y se hará visible al final de los tiempos, cuando los ángeles de Dios «reúnan a los elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo al otro de los cielos» (Mt 24, 31). Hasta entonces, el pueblo de Dios permanecerá disperso. Solamente Jesucristo impedirá su disgregación; lejos, entre los no cristianos, les mantendrá unidos el recuerdo de su Señor.

El hecho de que, en el tiempo comprendido entre la muerte de Jesucristo y el último día, los cristianos puedan vivir con otros cristianos en una comunidad visible ya sobre la tierra no es sino una anticipación misericordiosa del reino que ha de venir. Es Dios, en su gracia, quien permite la existencia en el mundo de

una comunidad así, reunida alrededor de la palabra y del sacramento. Pero esta gracia no es accesible a todos los creyentes. Los encarcelados, los enfermos, los aislados en la dispersión o los misioneros se encuentran solos. Ellos saben que la existencia de la comunidad visible es una gracia. Por eso su plegaria es la misma del salmista: «Recuerdo con emoción cuando marchaba al frente de la multitud hacia la casa de Dios entre gritos de alegría y alabanza de un pueblo en fiesta» (Sal 42, 5). Sin embargo, permanecen solos como la semilla que Dios ha querido esparcir. No obstante, captan intensamente por la fe cuanto les es negado como experiencia sensible. De esta forma el apóstol Juan, desterrado en la soledad de la isla de Patmos, celebra el culto celestial «en espíritu, el día del Señor» (Ap 1, 10), con todas las Iglesias. Los siete candelabros que ve son las Iglesias; las siete estrellas, sus respectivos ángeles; en el centro, dominándolo todo, Jesucristo, el Hijo del hombre, en la gloria de su resurrección. Juan es fortalecido y consolado por su palabra. Esta es la comunidad celestial que, en el día del Señor, puebla la soledad del apóstol desterrado.

Pese a todo, la presencia sensible de los hermanos es para el cristiano fuente incomparable de alegría y consuelo. Prisionero y al final de sus días, el apóstol Pablo no puede por menos de llamar a Timoteo, «su amado hijo en la fe», para volver a verlo y tenerlo a su lado. No ha olvidado las lágrimas de

Timoteo en la última despedida (2 Tim 1, 4). En otra ocasión, pensando en la Iglesia de Tesalónica, Pablo ora a Dios «noche y día con gran ansia para volver a veros» (1 Tes 3, 10); y el apóstol Juan, ya anciano, sabe que su gozo no será completo hasta que no esté junto a los suyos y pueda hablarles de viva voz, en vez de con papel y tinta (2 Jn 12). El creyente no se avergüenza ni se considera demasiado carnal por desear ver el rostro de otros creyentes. El hombre fue creado con un cuerpo, en un cuerpo apareció por nosotros el Hijo de Dios sobre la tierra, en un cuerpo fue resucitado; en el cuerpo el creyente recibe a Cristo en el sacramento, y la resurrección de los muertos dará lugar a la plena comunidad de los hijos de Dios, formados de cuerpo y espíritu.

A través de la presencia del hermano en la fe, el creyente puede alabar al Creador, al Salvador y al Redentor, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El prisionero, el enfermo, el cristiano aislado reconocen en el hermano que les visita un signo visible y misericordioso de la presencia de Dios trino. Es la presencia real de Cristo lo que ellos experimentan cuando se ven, y su encuentro es un encuentro gozoso. La bendición que mutuamente se dan es la del mismo Jesucristo. Ahora bien, si el mero encuentro entre dos creyentes produce tanto gozo, ¡qué inefable felicidad no sentirán aquellos a los que Dios permite vivir continuamente en comunidad con otros creyentes! Sin embargo, esta gracia de la comunidad, que

el aislado considera como un privilegio inaudito, con frecuencia es desdeñada y pisoteada por aquellos que la reciben diariamente. Olvidamos fácilmente que la vida entre cristianos es un don del reino de Dios que nos puede ser arrebatado en cualquier momento y que, en un instante también, podemos ser abandonados a la más completa soledad. Por eso, a quien le haya sido concedido experimentar esta gracia extraordinaria de la vida comunitaria ¡que alabe a Dios con todo su corazón; que, arrodillado, le dé gracias y confiese que es una gracia, sólo gracia!

La medida en que Dios concede el don de la comunión visible varía. Una visita, una oración, un gesto de bendición, una simple carta, resulta suficiente para dar al cristiano aislado la certeza de que nunca está solo. El saludo que el apóstol Pablo escribía personalmente en sus cartas ciertamente era un signo de comunión visible. Algunos experimentan la gracia de la comunidad en el culto dominical; otros, en el seno de una familia creyente. Los estudiantes de teología gozan durante sus estudios de una vida comunitaria más o menos intensa. Y actualmente los cristianos más sinceros sienten necesidad de participar en «retiros» para convivir con otros creyentes bajo la palabra de Dios. Los cristianos de hoy están redescubriendo que la vida comunitaria es verdaderamente la gracia que siempre fue, algo extraordinario, «el momento de descanso entre los lirios y las rosas» al que se refería Lutero.